

## CUENTO SEVILLANO

Sigue una calle blanca y ocre del barrio de Santa Cruz, la judería de Sevilla, una tarde tarde, este verano. Desde Santa María la Blanca, sobria fachada; asómate, pastelito de nata. Cruza una plaza, dos, la calle estrecha, empedrada. Adivina los patios, los azulejos, el mirto, el jazmín. Llégate hasta la fachada mudéjar de una iglesia; en lo alto del campanario, la veleta. La plaza a su entrada y un bar en la esquina sin tanta gracia, *El Shiraz*. En la fachada del bar, dos ventiladores de aspas dando a la plaza; bajo los parasoles, la neblina de los difusores de agua. Las tapas a 2,50 y la familia Martínez-Sinde, contando monedas. Han perdido todo lo que llevaban esta tarde, cuando dejaron abierta la puerta de la caja fuerte mientras se tomaba, la pareja, una ducha y las niñas que salieron de estampida hacia la piscina del hotel, dejaron la puerta de la habitación abierta. Lo llevaban todo en efectivo para no cargar la tarjeta.

### *Palmas in crescendo y taconeo*

En la mesa de al lado, Leopoldo, de punta en blanco, pelo naranja y bronceado, menos grueso que el innombrable a quien nos recuerda. Como cada noche, antes de volver a Triana, se toma su cervecita Alhambra y una tapita que va variando. Hoy, chipirones a la plancha. Charla por móvil contento con su hermana.

- Que sí, María Victoria, que sí, que está todo acordado.

- ...

- Que no te tienes que preocupar de nada, miarma.

- ...

- Mañana llamo yo mismo a la gestora, que entre lo que tu tienes y lo que yo he recogido, llegamos.

-...

- Y es que ya nos ha cambiado la suerte. Como la rueda del molino, ha girado.

### *Rasgueo de guitarra; dedos pulgar, anular y medio*

Viene por la acera estrecha don Mariano, apoyándose en el andador, en equilibrio a una rueda. Desde las ocho de la tarde lleva tres plazoletas hechas. Debe hacer fuerza para compensar el peso de la guitarra, ha colgado del manillar el estuche y sólo ese estuche ya pesa. Se instala con parsimonia, saluda a las camareras y al encargado,

quien le lleva un vaso de agua fresca. Rasguea la guitarra y canta. A sus ochenta y ocho años, la voz le tiembla.

*Ay!*

Mariluz y Carmen María Wilson se afanan entre las mesas, se echan un capote la una a la otra de vez en cuando, se sonríen y se animan. Están reconstruyendo una amistad que habían puesto en jaque en *El Pachanchón* de Mateos Gago. Se habían fijado las dos, al mismo tiempo, en el Ferri, aunque ni la una ni la otra llegaron a nada. Se interpuso la rubita chistosa y maciza del bar de al lado que fue quien se llevó el gato al agua. Desde entonces ya nada fue lo mismo y les quedó un regusto, el de la traición, como a patatas cocidas al pimentón. Un poco agrio. Pero algo llovió desde entonces, hace tres meses volvieron a coincidir en *El Shiraz*, primero se saludaron y estuvieron trabajando como si nunca hubieran compartido blusas, potajes ni confidencias. Ni les hubiera venido durante años al mismo tiempo la regla. A los quince días, la costumbre de trabajar juntas ya se impuso y aunque todavía guardando alguna reserva, a estas alturas ya están interpretando con eficacia la coreografía de su simpatía, entre ellas y con el mundo; como si todo les fuera fácil y los pies no dolieran.

*Taconeo, taconeo, taconeo*

Están sirviendo a cuatro manos dos mesas que se han juntado; seis italianos, tres parejas jóvenes que tontean entre ellas. No pueden ser todos modelos pero tienen ese aire escultural y natural a un tiempo; esa manera de vestir, tan estilosa, aunque un poco de domingo, que a Sevilla le pega. Escucha, cuatro trabajan juntos, en finanzas parece. Charlan de todo lo demás, demuestran que van sobrados, hasta chulean un poco, agudos, muchas risas y algún despeje. En un aparte, dos de las chicas sólo hablan entre ellas.

- Guarda questo posto, è bellissimo.
- Anche tu sei bella, mia cara.
- Hai visto questa mattina, a colazione, sulla terrazza... da lì si vede tutto Siviglia, la Giralda, cupole, tetti?
- Ho potuto guardare solo a voi...
- Anch'io sono un po' ...
- Sssshhhh... dopo...

*Zapateado de dos flamencas. Vestido rojo de lunares blancos, vestido blanco de lunares rojos o negros. Mueven los brazos, sevillanas, tornean los cuerpos, fijan los ojos la una en la otra y se rodean. Además, el cajón*

De un caserón cercano, el portón se abre, verde británico. Birgitte Vinter Guzman-Acosta, marquesa de Entreríos, setenta, vestida de Juana Martín en blanco y oro, un poco cargadita de estrellas y de brandy, sale, sola. Hace un par de semanas, al volver de Córdoba a la casa de Sevilla, reconoció a Leopoldo en *El Shiraz*. Le estuvo observando desde entonces casi cada noche. Mira tú por dónde. Le perdió la pista hace más de sesenta años, desde las tardes de infancia. Recuerda con cariño a su hermana Viqui, la mejor amiga. Dejaron de frecuentar el mismo ambiente. Algo grave pasó, la ruina del padre, quizás, un poco calavera. No se habló más. Leopoldo le recuerda al marqués; el movimiento de las manos y cómo echa atrás la cabeza. La risa también. Tantos años hace ya, y aún se acuerda. Le viene observando desde la ventana tras la celosía del caserón viejo, ventana en estrella; primero sinagoga; luego, iglesia, archivo y más tarde convento; el siglo pasado comprado a las monjas, entreguerras, por el suegro; rehabilitado con empeño por el marido; peleado con el hijo del marqués y el haberlo ganado, o el haber perdido, según se mire, pues fue a cambio de una finca extremeña que también quería. El paso del tiempo, todo lo cambia, en todos hace mella. El caso es que Birgitte lleva pensándose quince días y esta noche ha salido al fin, a calarlo de cerca. Baja a *El Shiraz*, se toma una copa en la barra de fuera, en un taburete alto; demostrando que pese a los años, se sostiene todavía. Se la va tomando de a poco, sorbito a sorbo. Cuando se siente segura, le mira directamente y topa con Leopoldo quien también la mira a ella. Y le sonrío. Se levanta y la encuentra.

*Don Mariano interpreta el Capricho Árabe de Francisco Tárrega*

Ahora entro yo, narrando su historia. Voy a darle a Don Mariano un final feliz: esta noche llegará temprano a casa. Vaciará los bolsillos de un buen montón de monedas. Mirará alrededor, muchos recuerdos, muy buenas noches. Mucha vida que ha valido la pena. Se recuerda en el toque, las palmas de las hermanas Garrido, el festival del cante gitano, unas cuantas películas, los salones, la Feria y las fiestas. Muchas noches, muy sentidas. La suerte que todavía tiene, sus dedos no se resienten de los años y sobre todo, sentada en la mecedora, a la fresquita del patio, esperándole está Antoñita la Morena, su alma, su luz, su vida. Ea!

De regreso al hotel, las gemelas Martínez-Sinde agotadas por trastos, al fin se quedarán dormidas. Sus padres, viéndose venir un par de meses jodidos, se prometerán hacer de tripas corazón y aprovechar estos días que les quedan. De hecho, desde hace un par de años viene siendo el pan de cada día. Adiós al paseo en calesa y al barquito. Se quedan sin la excursión a Cádiz y, una lástima, sin la Niña Pastori ni el tablao flamenco. Tendrán que compensarlo con imaginación y buen humor. No queda

otra. Quien no se consuela es porque no quiere... A ver, esto es lo que pasaría, suponiéndoles mucha madurez a última hora. Pero no es un buen final, no aporta nada. Esto es lo que haría la mayoría de familias en la vida real con este tipo de problema. Por otra parte, ponte con que les toca el cupón de la ONCE. ¡Que terminen bien las vacaciones! Han conseguido ponerme de buen humor, al final, esta familia de Cuenca.

Las dos italianas románticas se apartarán del grupo pronto, con no sé qué excusa. Subirán solas a la terraza del hotel y tomarán una última copa. Dejo a la imaginación del lector/a lo que pase a partir de ahora.

Los veladores de *El Shiraz* se han llenado esta noche como lleva sucediendo todo el verano. No es extraño, el servicio es inmejorable y la comida abundante, barata y buena. Pero Mariluz y Carmen Maria Wilson hoy van a terminar pronto. En realidad, el encargado es una encargada; se ha puesto de parto y han tenido que levantar a los clientes y cerrar rápido. Ha venido corriendo el padre de la criatura y se la han llevado en taxi a la clínica privada Hispalis, un poco cara, pero muy buena. Mariluz y Carmen Maria Wilson recogerán en un periquete y se irán juntas al barrio. Como que ha sobrado comida, se la llevaran en táper. Y no tendrán que andar mucho. Terminaron las negociaciones de la huelga de autobuses ayer tarde y van a beneficiarse ellas las primeras de una nueva línea y del horario nocturno. Les va a empezar una racha de suerte y acabarán montando un pequeño negocio, de fruta y sorbetes para turistas. Les irá de miedo; mucho trabajo a cambio de muchas satisfacciones. Dentro de cinco años tendrán ya una cadena. La venderán y se retirarán, a hacer lo que más les gusta, producir a cuatro manos vídeoclips de canción flamenca.

Birgitte y Leopoldo siguen pegando la hebra, ahora pasean por la ribera del río. Han cruzado el puente y se han llegado hasta la calle Betis. Birgitte se alegra de haberse calzado cómoda. Leopoldo está encantador. Están sólo a cincuenta metros de la vieja casa de la tía Concha. Recién le han concedido licencia para cuatro apartamentos. Se la va a enseñar. A la luz del mechero.

Aquí me faltaría recitar un verso, que hablase del Guadalquivir y la luna llena.

*Aplausos y jaleo*